Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA

NOVIEMBRE

Nº 62



Santo Tomás de Aquino, gran seguidor e intérprete ortodoxo de la teoría de la gracia de san Agustín
D. Gabriel Orejas Iriarte, Universidad Francisco de Vitoria.

Vida de S. Onofre (por Pafnucio el Egipcio)
Autor anónimo.

Síguenos en nuestras redes sociales

Queridos peregrinos

Las últimas semanas nos han traído noticias que han dolido a muchos de los que amamos la Santa Misa tradicional. En la Peregrinación Ad Petri Sedem, a finales de octubre, los peregrinos no pudieron celebrar en el altar de la Cátedra ni entrar en procesión en la basílica de San Pedro. Y el pasado 16 de noviembre, en el vuelo de regreso de Perú, el Santo Padre afirmó que, por ahora, no tiene intención de modificar Traditionis custodes. Todo esto es algo que vivimos con dolor, pero sin perder la paz.

Fijemos la mirada en el camino recorrido. Hace pocos años nuestra peregrinación era el sueño de unos pocos; este verano caminamos hacia Covadonga más de mil setecientos peregrinos. La misma llama ha prendido en Reino Unido, en Portugal, en Italia y en tantos otros lugares. Detrás de cada peregrino hay una historia: conversiones, vocaciones, matrimonios, familias que han vuelto a los sacramentos. La Misa tradicional sigue siendo fuente de innumerables gracias, y eso nada lo cambia. Como escribió Benedicto XVI, «lo que para las generaciones anteriores era sagrado, también para nosotros permanece sagrado y grande».

Nuestra respuesta, por tanto, será la de siempre: la fidelidad. No somos ni queremos ser una Iglesia paralela. Seguiremos dentro de la Iglesia, con amor filial al Santo Padre y a nuestros obispos, pidiendo con humildad y perseverancia que esta liturgia tenga el lugar que merece.

Y mucho depende de nosotros. De que sigamos llenando las iglesias de España donde se celebra la Misa tradicional, aunque haya que hacer kilómetros. De que acudamos a Roma cada otoño, a nuestras peregrinaciones, a los retiros y encuentros que la promueven. Y, sobre todo, de que recemos por el Papa y por la unidad de la Iglesia.

Pongamos todo esto a los pies de Nuestra Señora de Covadonga, que nunca abandona a sus hijos, y sigamos caminando con esperanza.

Recibid un cordial saludo en Cristo,

Diana Catalán Vitas
Presidente de NSC-E

SANTO TOMÁS DE AQUINO, GRAN SEGUIDOR E INTÉPRETE ORTODOXO DE LA TEORÍA DE LA GRACIA DE SAN AGUSTÍN

D. Gabriel Orejas Iriarte, Universidad Francisco de Vitoria

«Porque, ¿quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y, si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4, 7).

Estas palabras del Apóstol, junto con otros pasajes, causaron una reflexión profunda y diversa en san Agustín respecto a las cartas paulinas y sus doctrinas sobre la gracia. Hasta el año 396, san Agustín siguió una exégesis de carácter origenista: la fe no sería un don de Dios, sino un mérito nuestro. Origenista en el sentido de querer salvaguardar la libertad humana. Las obras sí se deberían a la gracia y Dios elegiría darla a partir de prever el mérito de la fe en determinadas personas. Sin embargo, a raíz del análisis serio de los textos mencionados, el hiponense vio claramente que la elección divina es gratuita. Así, se dio una evolución que se observa muy bien en un texto incluso anterior al 396:

> «Se nos manda vivir rectamente y se nos propone como recompensa la vida eternamente feliz; pero ¿quién puede vivir bien y obrar rectamente si carece de la justicia de la fe? Se nos manda creer, a fin de que, recibido el don del Espíritu Santo, podamos obrar bien por amor. Pero ¿quién puede creer si no recibe alguna vocación, es decir, algún testimonio que le llegue al corazón? ¿Quién puede disponer libremente de algún signo visible que le ilumine la inteligencia y le avive la voluntad para la fe? Pues ¿no va el espíritu de todos detrás de lo que le deleita? Y ¿quién es dueño de que se presenten a su espíritu cosas que puedan halagarle o en realidad le atraigan cuando se le ofrezcan? Pues cuando a nosotros nos atraen cosas que nos ayudan a elevarnos a Dios, eso mismo es fruto de la inspiración y don de la gracia divina, no resultado de nuestros empeños y habilidades, o mérito de nuestras obras, pues para que la voluntad se esfuerce, ni falten las trazas de ingenio y las obras salgan inflamadas en caridad, Él nos concede la fuerza, Él nos presta su ayuda [...] ¿qué significa, pues, esto, sino que el mismo que nos manda pedir, buscar y llamar, nos concede la gracia para poder hacerlo? "Luego no es del que quiere y se esfuerza, sino de Dios, que se compadece", porque no podemos ni querer ni correr, sino moviéndonos y excitándonos Él mismo» (San Agustín, *A Simpliciano* I,2,21-22).



Santo Tomás de Aquino con san Ambrosio, Agustín, el Papa Gregorio El Grande y Jerónimo contemplando el Santísimo Sacramento. Erasmo de Bie, 1645-1675. Óleo sobre lienzo. Extraído de la WikiMedia Commons.

Es pertinente mencionar que estas ideas ya se encontraban en san Agustín antes de la controversia pelagiana. Por supuesto, la disputa impulsó una mayor reflexión, y se centró especialmente en el pecado original y la necesidad de la gracia para obrar el bien. Todo esto, junto con la idea de la elección gratuita de la gracia quedó condensado en una carta que san Agustín escribió al futuro papa Sixto.

Pero la afirmación de que la elección divina es gratuita suscitó diversas reacciones entre monjes africanos y provenzales. Compartían las ideas del hiponense respecto al pecado original y la necesidad de la gracia. Pese a todo,

como lo hizo en el pasado aan Agustín, estos monjes defendían que el *initium fidei* no es un don Dios, sino un mérito nuestro. Con esto querían salvaguardar la libertad. En esto está la clave. Sostenían que si Dios intervenía en el *initium fidei* la libertad desaparecería. Frente a esto, el hiponense respondía arguyendo su gratuidad. Son don de Dios, pero eso no hace que sea algo verdaderamente nuestro ni que se borre la libertad. Es decir, son dones gratuitos y la gracia los causa eficazmente sin eliminar las potencias naturales. Curiosamente, tras la muerte de san Agustín, el Sínodo II de Orange, confirmado por Bonifacio II, afirmó la gratuidad del *initium fidei*.

Sin embargo, volvamos a la tesis mencionada hace unos momentos. ¿Cómo es posible que este don sea gratuito y causado eficazmente por la gracia sin comprometer la existencia del libre albedrío? San Agustín captó la centralidad de la trascendencia de Dios en esto. Con todo, no dispuso de las herramientas metafísicas precisas, y quedó poco clara en algunos puntos. De este modo, respecto a otras cuestiones como la del pecado original, surgieron a lo largo de la historia diversos intérpretes de la teoría agustiniana.

Respecto a la elección divina gratuita, algunos lectores del hiponense, sin entenderla bien e ignorando el Magisterio, afirmaron la denominada doble predestinación. Es decir, al cielo y al infierno. Este fue el caso del monje Godescalco y, más adelante, de Lutero y de Calvino. De esta idea se deducía que Cristo no murió por todos los hombres, sino solo por los predestinados a la salvación. Esta tesis se encontraba expresamente en Godescalco y en Jansenio. En cuanto a la eficacia de la gracia y su relación con la libertad, en vez de mantener el equilibrio entre estas realidades, como intentó san Agustín, se cayó en un fatalismo respecto de la libertad humana. Por una parte, Lutero y Calvino, debido a su concepción del pecado original y las consecuencias que este tuvo en la naturaleza humana, defendieron la inutilidad de las potencias naturales respecto a la salvación, siendo así la gracia la única causa necesaria de esta misma. Por ende, la libertad quedaba anulada. Posteriormente, Bayo, a partir de su curiosa concepción de la naturaleza, siguió esta estela fatalista, y entendió la eficacia de la gracia como algo mecánico y necesario. Jansenio, por su parte, llegó a la misma conclusión tras afirmar la no existencia de la gracia suficiente. En el fondo, si se pone atención, se encuentran restos maniqueos y origenistas en estas doctrinas.

Frente a estos intérpretes, hay uno que consiguió entender y esclarecer el planteamiento agustiniano: santo Tomás de Aquino. Él mantuvo el equilibrio que se hallaba en san Agustín y en el Magisterio de la Iglesia. Afirmó que la predestinación solo se da de cara a la salvación. También que la elección gratuita y la eficacia de la propia gracia mueven a las personas sin destruir la libertad. Ahora bien, ¿qué luz trajo el Aquinate que aclaró esta concordia entre la gracia y el libre albedrío? Fue su metafísica, la cual mostraba con mejores herramientas conceptuales la trascendencia de Dios como causa primera de todo lo creado:

> «La voluntad divina se debe entender existiendo más allá del orden de los entes, como cierta causa que trasciende (*profundens*) todo ente y todas sus diferencias. Lo posible y lo necesario son diferencias del ente; y por ello de la misma voluntad divina se origina la necesidad y la contingencia en las cosas, y la distinción de ambas, según la naturaleza (*rationem*) de las causas próximas. Para los efectos que ha querido que resulten necesarios, dispuso causas necesarias, para los efectos que quiso que resulten contingentes, dispuso causas agentes contingentes, es decir, que pueden fallar. Según la condición de estas causas se dice que los efectos son necesarios o contingentes, aunque todos dependan de la voluntad divina como de la causa primera, que trasciende el orden de la necesidad y de la contingencia. Esto no se puede decir de la voluntad humana, ni de ninguna otra causa: porque toda otra causa ya cae bajo el orden de la necesidad o de la contingencia; y por ello es preciso, o bien que la misma causa pueda fallar, o bien que su efecto no sea contingente, sino necesario. En cambio, la voluntad divina es indeficiente, aunque no todos sus efectos sean necesarios, sino que algunos son contingentes» (Santo Tomás de Aquino, *In peri Hermeneias* I, lec.14, n.22).

De este modo, Dios puede mover la voluntad humana sin que esta sea destruida, pues esta misma es producto de la voluntad divina. Así, como dijo san Agustín, el que yo acepte la fe y persevere hasta el final son dones gratuitos de Dios y a la vez son genuinamente del hombre. La tesis origenista sobre que la intervención exterior de cualquier tipo eliminaría la libertad quedaba refutada por el genio de santo Tomás. Con todo, no estamos afirmando que esta explicación comprenda todo el objeto. Los dos santos doctores señalaron siempre el misterio de todo esto, pues nuestra condición de

criaturas no nos permite comprender completamente la trascendencia de Dios. No es una solución racionalista. Más bien es aquello que apunta el gran Domingo Báñez durante la controversia *De auxiliis*:

> «Respondemos que una cosa es solucionar los argumentos, y otra cosa es mostrar de manera evidente nuestra conclusión acerca de la concordia. Lo primero lo prometimos y lo hacemos, porque como dice Cayetano, quien soluciona los argumentos de manera probable, los soluciona evidentemente, pues si el argumento convenciera con evidencia, ni siquiera se podría resolver de modo probable [...]. Respecto a lo segundo, esto es, demostrar evidentemente cómo sucede esta concordia, ni lo pretendemos ni podemos, sino que con san Agustín y otros santos Padres, confesamos nuestra ignorancia» (Báñez, *De vera et legitima concordia*, III,8).

VIDA DE S. ONOFRE (POR PAFNUCIO EL EGIPCIO)

Autor anónimo



San Onofre, Solitudo Sive Vitae Patrum Eremicolarum. Johann Sadeler, 1594. Grabado. Extraído de la Biblioteca ed la Universdiad Catĺica de Lublin.

Prólogo del traductor anónimo [latino]

Recientemente me he topado entre unos documentos griegos con la *Vida de san Onofre*, de la que llegué a saber que fue escrita hace tiempo por un varón venerable y prudentísimo llamado Gregorio, que puso por escrito sus hazañas. Esta *Vida* la tradujo desde el principio Pafnucio, varón también santísimo, a quien yo he seguido traduciéndola de griego a latín por la bondad de Dios, de manera que, poniendo de manifiesto, en cuanto me sea posible, su edificante vida, produzca en los lectores admiración y edificación. No tengáis en cuenta, os ruego, la rusticidad de mis formas, sino considerad en vuestro espíritu la generosidad del trabajo tan grande que el varón lleno de Dios soportó pacientemente despreciando la gloria de la vanidad mundana y adquiriendo en herencia el reino celestial tras haber vivido rodeado de rigor.

VIDA

Pafnucio, de feliz memoria, desveló un tanto lo que resultaba oculto de sus pensamientos y acciones, diciendo:

Capítulo I

Un cierto día, estando sentado yo, Pafnucio, solo y en silencio, concebí en mi corazón la intención de dirigirme al desierto y observar todos los lugares de los santos monjes y su vida piadosamente ordenada, y considerar cómo sirven a Dios, por lo que emprendí la marcha para llegar al yermo, viajando sin grandes contratiempos. Llevé conmigo panes y un poco de agua para no desfallecer por el esfuerzo del camino emprendido. Llegado al cuarto día, ya no conservaba nada del alimento que había traído conmigo, y mis miembros, no confortados por comida alguna, perdieron sus fuerzas, mas enseguida, por ilustración de la divina gracia, quedé libre de la muerte inminente y, tomando fuerzas, retomé el camino y caminé otros tres días sin comer nada. Transcurridos estos días, muy cansado, me acosté en el suelo como muerto, pero, consolado al instante por el auxilio del cielo, vi que me ayudaba un varón de gloria impresionante, terrible esplendor, belleza admirable, elevada estatura y noble semblante. Al verlo, me quedé completamente estupefacto, pero, acercándoseme él con rostro amable, tocó mis manos y mis labios y me restauró poderosamente las fuerzas. Al punto me levanté alegre dando gracias a Dios y desde allí todavía caminé diecisiete días por el desierto hasta llegar al lugar que el Señor me había querido mostrar a mí, indigno siervo suyo, en que cesaron los trabajos del camino.

Capítulo II

Así pues, mientras descansaba de mi agotamiento y pensaba cuán duro había sido mi camino, vi de lejos a un hombre de aspecto terrible, rodeado por todas partes de pelos como si fuese una bestia, que tenía tanta abundancia de pelo que con su espesura cubría su cuerpo. También usaba hojas y plantas como vestido, con las que se cubría solo lo que baja de los riñones. Habiendo visto a tal hombre, me sobrecogió un gran terror, angustiado de temor y admiración más de lo que se puede creer, ya que un aspecto tan extraño nunca se había presentado a mis ojos en la especie humana. Ignoraba qué haría, pero en cuanto fui capaz emprendí la huida y subí a un monte cercano a paso ligero, y me escondí de su rostro bajo la densidad de la vegetación, dando muchos suspiros. Por poco desfallezco por la edad y por haber pasado tanto tiempo sin comer, pero este hombre, viéndome echado en el monte, gritó con una voz muy grande, diciendo:

—Hombre de Dios, baja del monte, no temas: soy un hombre mortal, semejante a ti.

Consolado por estas palabras entré en razón, bajé enseguida y llegué hasta donde estaba el varón santo, postrándome tímidamente a sus pies. Él me prohibió que me postrara y me dijo:

—Levántate, levántate: tú eres siervo de Dios y te llamas Pafnucio, amigo de los santos.

Me levanté al punto y, aunque agotado, me senté alegre ante él con el deseo ya ferviente de saber quién era y cuál era su género de vida, y le dije:

—He aquí que se ha cumplido el deseo que me llevó hasta este desierto. He aquí que mis cansados huesos ya sienten algún alivio, pero la mente sedienta todavía no halló refrigerio. Por tanto, oh anciano, te ruego con corazón devoto y, por aquel por cuyo amor habitas este desierto despoblado, te pido que me digas con palabras claras de dónde vienes, cómo te llamas y cuándo has llegado a este lugar.

Y el varón de Dios, dándose cuenta de que escucharía con gran gusto la narración de sus trabajos, me dijo:

Capítulo III

—Ya que veo, amado hermano, que tienes gran deseo de que te describa los largos padecimientos de mi vida, no dudes en preguntármelos desde el inicio. Yo, aunque inmerecidamente, me llamo Onofre, y hace más de setenta años que vivo en este desierto rodeado de trabajos. He convivido frecuentemente con las fieras, en lugar de pan me he alimentado continuamente del fruto de las plantas, y en los montes, en las cuevas y en los valles he reclinado mi miserable cuerpo. En tantos años no he visto a nadie, sino a ti solo, no recibí alimento de nadie. Me crié en el monasterio llamado Hermópolis, en la región que llaman *La Tebaida*, donde vivían juntos casi cien monjes. La vida de ellos era tal que todos vivían con igualdad de ánimo en sus actos y costumbres, sometían sus cuellos al yugo y a la disciplina de la santa regla y no temían para nada el oleaje de este mundo. Lo que agradaba a uno, agradaba a todos. Con alma santa, fe pura y caridad perfecta caminaban en presencia de Dios, a quien no cesaban de servir día y noche con toda mansedumbre y paciencia. Tal era su silencio y abstinencia que ninguno se atrevía a pronunciar palabra sino tras pregunta justificada o respuesta adecuada. Allí también recibí el alimento de la santa doctrina desde mi adolescencia y aprendí de los hermanos la norma de la vida regular, los cuales me amaron con benignidad y me instruyeron sobre el modo de guardar mandamientos de Dios.

Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete

